

EL DICCIONARIO MICÉNICO DE AURA JORRO EN EL CONTEXTO DE LOS ESTUDIOS MICÉNICOS¹

Parece oportuno, publicado el segundo y último volumen del *Diccionario Micénico* de Francisco Auro Jorro, aparecido como suplemento del *Diccionario Griego-Español*, colocarlo dentro del contexto de los estudios de Micenología, para los cuales representa, en este momento, la máxima aportación en el dominio de la lexicografía. Esto nos dará ocasión para trazar algunas líneas generales del desarrollo de esta Ciencia, pues los estudios de lexicografía micénica no pueden, evidentemente, aislarse del estudio de la lengua y las instituciones micénicas en general. Y nos dará ocasión, también, para situar la Micenología española dentro del marco más amplio de la Micenología en general.

No es que con esto intente yo escribir una historia de la Micenología, que está, a lo que conozco, sin escribir. Es esta una labor de mucho empeño para la cual ni tengo tiempo ahora ni es ésta la ocasión de realizarla. Aun así, ya digo, trazar un panorama general de la evolución de estos estudios y, dentro de ellos, de las publicaciones lexicográficas y bibliográficas que culminan en la obra que comento, puede tener un interés.

Y lo primero que hay que decir es que la Micenología, desde la publicación de Ventris y Chadwick de 1953 y aun desde antes, ha sido un modelo de cooperación internacional y de organización racionalizada en cuanto a la publicación de ediciones, gramáticas, índices, bibliografías, obras de tipo general y comprensivo y toda clase de publicaciones; y, también, en cuanto a la creación de normas de edición, la organización de reuniones, la creación de revistas. Sin que, por ello, haya dejado de ser cultivada

¹ Leído en las «Primeras Jornadas de Micenología de la Universidad de Alicante», del 16 al 18 de Enero de 1995.

esta Ciencia en las revistas, Congresos y publicaciones de la Filología griega en general.

Y ello en los diferentes países del mundo occidental: sobre todo en Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Alemania, Italia, Bélgica, Grecia. También en España, donde hay numerosas publicaciones y estudiosos desde los años cincuenta hasta ahora mismo.

Cuando se escriba esa historia de la Micenología a que me refiero habrá que poner en la base un «período formativo» previo al desciframiento de Ventris. Para España está resumido por el libro *Minoiká* de Benito Gaya Nuño, publicado en 1952² aunque escrito en 1947. No me resisto a copiar las palabras iniciales de la «Introducción»: «La atracción que siempre ha ejercido sobre el autor la civilización cretense, delicada y misteriosa, hecha a medida del hombre, fuente lejana de las demás civilizaciones mediterráneas que luego se han sucedido, es la raíz de esta obra». Recuerdo que cuando yo intentaba, en los primeros años ochenta, recabar fondos de una cierta Fundación para la publicación del *Diccionario Micénico* de Aura Jorro, argumentaba con que se trataba de la primera lengua de Europa. Sin mucho éxito, la verdad.

Pero así es y Gaya fue solo uno de los estudiosos, arqueólogos, historiadores, lingüistas que se sintieron atraídos por los escasos textos publicados por entonces de las excavaciones de Evans en Cnosos (los de los *Scripta Minoa* IV b de 1935) y las de Blegen en Pilos en 1939 (publicados por Bennett³). En realidad, Gaya no llegó a ver esta última obra, tan solo el informe de Blegen y Kourouniotis, publicado en el *American Journal of Archaeology*.

Pero, como bien dicen Ventris y Chadwick en su famosa «Evidence...»⁴, publicada en el *JHS* de 1953 y cuya separata conservo como oro en paño, a estos otros investigadores (junto a Gaya he de citar a Sundwall y Sittig) les perjudicó el prejuicio de Evans sobre el origen cretense de la cultura micénica y la supuesta lengua mediterránea que pensaba subyacía a todas las tablillas.

² Benito Gaya Nuño, *Minoiká. Introducción a la epigrafía cretense*, Madrid, C.S.I.C., 1952.

³ Emmett L. Bennett Jr., *The Pylos Tablets. A preliminary Transcription*, Princeton 1951.

⁴ M. Ventris and J. Chadwick, «Evidence for Greek dialect in the Mycenaean Archives», *JHS* 73, 1953, pp. 84-105.

Aun así, repasando el libro de Gaya se admira uno del trabajo realizado en la catalogación de las tablillas, las intuiciones sobre su contenido, el descubrimiento de que se trata de una lengua flexiva. Cuando hubo más materiales publicados y la comparación con el silabario chipriota y otras escrituras fue sustituida por el método combinatorio, vino el desciframiento de Ventris, que ya contaba con la publicación de las tablillas de Pilos de 1952 y conocía los textos de Cnosos que fueron publicados por Evans en *Scripta Minoa* II, de 1952.

Todo esto nada quita a la admiración que produce la lectura de «Evidence...», la publicación pionera de Michael Ventris y John Chadwick. Es difícil encontrar un texto de más sobrio rigor, mayor lucidez en las interpretaciones: ¡Y pensar que el desciframiento hubo de pasar por el escepticismo de Beatty, Grumach, Eilers y otros! Conservo la separata que me envió Blegen de su artículo contestando a Beatty⁵. Demostraba bien claramente que Ventris no pudo conocer la tablilla Ta 641 que, por tanto, es una contraprueba del desciframiento.

Hay un primer período en la historia de la Micenología que comienza evidentemente con la publicación mencionada de 1953 y cuyo fin podríamos colocar en 1970, tras el I Congreso Internacional de Micenología de Roma, en Septiembre-Octubre de 1968, y el V Coloquio Internacional de Estudios Micénicos de Salamanca, en Marzo-Abril de 1970.

Es asombroso el trabajo realizado en este período, sobre la base de una colaboración internacional. Y, más concretamente, en los años iniciales.

Ya en 1954 publicó Ventris, en el *BICS* de Londres⁶, unas normas editoriales de los textos micénicos, fruto de la consulta con varios especialistas. Y luego, desde la iniciación de los coloquios micénicos, por iniciativa de M. Lejeune, con el de París de 1956, esta colaboración no iba a cesar ya.

Entre tanto, seguían las campañas de excavación de Pilos, a cargo de Blegen, con informes anuales que aparecían en el *AJA* y

⁵ «A necessary corrective to Beatty's article in MIO VI, 33-104», *MIO* 7, 1959, pp. 180-183.

⁶ M. Ventris, «Mycenaean Epigraphy. Suggested Code of Practice», *BICS* 1, 1954, 3-12. El artículo de Ventris va seguido en esta publicación de otros de Webster y Turner sobre diversos temas de las tablillas de Pilos.

que aportaban más y más tablillas que se publicaban con su transcripción y fotografía. Se hallaban más tablillas en Micenas.

Y se ponían al día las ediciones. Para Pilos, hay que citar una nueva, con los textos hallados hasta 1954, obra de Bennett⁷, más las nuevas aportaciones publicadas en los informes de Blegen, más una publicación especial de Bennett de los textos de 1955⁸, más la publicación de Gallavotti y Sacconi de los textos transliterados de las inscripciones halladas hasta 1960⁹. Esto fue importante: las ediciones de Bennett tenían facsímiles, pero carecían de fotografías y transliteración, las conservo con hojas intercaladas que yo añadía y en las cuales hacía mi propia transliteración. Luego, ya de 1973, es la nueva edición de Bennett y Olivier¹⁰

Para Cnossos la situación era peor: las ediciones de Bennet, Chadwick y Ventris de 1956, 1959 y 1964 llevaban transliteraciones, pero no fotografías ni facsímiles; igual la de Chadwick, Killen y Olivier de 1971¹¹. Las fotografías y facsímiles no llegarán hasta el gran *Corpus of Mycenaean Inscriptions from Knossos*, de Chadwick y colaboradores (Cambridge 1986 y ss.)¹². De otra parte, en 1953 y 1958 Bennet publicó dos ediciones de las tablillas de Micenas¹³, seguidas de las ediciones de Chadwick en 1963, de Olivier en 1969 y de Sacconi en 1974¹⁴. A la misma autora se le debe el *corpus* de las inscripciones en vasos del Lineal B¹⁵. En cuanto a Tebas, la primera edición es de Chadwick, de 1969, la segunda de Spyropoulos-Chadwick, de 1975¹⁶. Con esto tenemos

⁷ E.L. Bennett Jr., *The Pylos Tablets. Texts of the Inscriptions found 1939-54*, Princeton 1954.

⁸ E.L. Bennett, *The Olive Oil tablets of Pylos. Texts of Inscriptions found 1955*, Salamanca 1958.

⁹ C. Gallavotti y A. Sacconi, *Inscriptiones Pyliae ad Mycenaean Actatem Pertinentes*, Roma 1961.

¹⁰ E.L. Bennett Jr. and J.-P. Olivier, *The Pylos Tablets transcribed*, Roma 1973.

¹¹ J. Chadwick, J. T. Killen, P.-P. Olivier, *The Knossos Tablets IV*, Cambridge 1971.

¹² Hay que añadir, en transliteración, la V edición de *The Knossos Tablets*, de Killen y Olivier, Salamanca 1989 (Suplemento a *Minos* 11).

¹³ E.L. Bennet, «The Mycenaean Tablets», en *Proc. Amer. Philos. Soc.* 97, 1953, pp. 422-70 (la 2ª ed. en 1958).

¹⁴ J. Chadwick, *The Mycenaean Tablets*, III, Filadelfia 1963; J.-P. Olivier, *The Mycenaean Tablets*, IV, Leiden, 1969; A. Sacconi, *Corpus delle iscrizioni in Lineare B di Micene*, Roma 1974.

¹⁵ A. Sacconi, *Corpus delle iscrizioni vascolari in Linear B*, Roma 1974.

¹⁶ J. Chadwick, «Linear B Tablets from Thebes», en *Minos* N.S. 101, 2, 1969, pp. 115-137; T.G. Spyropoulos-J. Chadwick, *The Thebes Tablets II*. Salamanca 1975.

ya buenas ediciones, con fotografías, facsímiles, transcripciones y comentarios de todas las tablillas conocidas. Lo cual no quiere decir que no deban seguir perfeccionándose.

Esto es lo esencial: desde 1975 han aparecido nuevos textos y nuevas ediciones, se han hecho multitud de *raccords*, hay ediciones más perfectas. Pero la base fundamental de nuestro trabajo estaba sentada. Más todavía: comenzaba ya el estudio de la paleografía de las tablillas y de su clasificación según las «manos» de los escribas¹⁷.

Y comenzaba el trabajo interpretativo, que añadía a la Micenología nuevos nombres, además de los ya citados de epigrafistas y editores y de los de historiadores y arqueólogos. Entre ellos, y dejando fuera los españoles, destacaba hombres como Michel Lejeune. Piero Meriggi, Vladimir Georgiev, Carlo Gallavotti, Arne Furumark, Giovanni Pugliese-Carratelli, L. R. Palmer, Hugo Mühlenstein, T. B. L. Webster y tantos más.

Desde muy pronto, con los *Documents* de Ventris-Chadwick¹⁸ y la *Interpretation* de Palmer¹⁹ tuvimos manuales que daban información complexiva sobre la totalidad de las tablillas y sobre el mundo micénico. Se añadía una amplia bibliografía especializada, desperdigada en las revistas y en las Actas de Coloquios y Congresos. Colecciones como las *Mémoires de Philologie Mycénienne* de Lejeune, en sus tres series²⁰, tanto por su contenido como por su clara y didáctica organización con tablas de correspondencias, índices, etc. son especialmente útiles.

La bibliografía micenológica y la propia ciencia se hacían, en efecto, cada vez más amplias y complejas. Ya en 1955, por ejemplo, escribía Pugliese-Carratelli sobre religión micénica²¹. Sobre instituciones, historia, lingüística y cuestiones epigráficas, cada vez había una masa mayor de materiales y opiniones entre los que era preciso orientarse. Desde pronto vinieron, también, los

¹⁷ J.-P. Olivier, *Les scribes de Cnossos*, Roma 1967 (y antes E. L. Bennett, «Tentative Identification of the Hands of the Scribes of the Pylos Tablets», *Athenaeum* 46, 1958, pp. 328-333; ahora Th. G. Palaima, *The Scribes of Pylos*, Edizioni dell'Ateneo, Roma 1988).

¹⁸ M. Ventris, J. Chadwick, *Documents in Mycenaean Greek*, Cambridge 1956 (2ª ed. 1973).

¹⁹ L.R. Palmer, *The Interpretation of Mycenaean Greek Texts*, Oxford 1963.

²⁰ París 1958 y Roma 1971 y 1972.

²¹ G. Pugliese-Carratelli, «Reflessi di culti micenei nelle tabelle di Cnosso», *Studi Paoli*, Florencia 1955.

manuales e introducciones, como los de Doria²² o Heubeck²³, así como las antologías de textos.

Pero no quiero insistir en estos temas, que requerirían un estudio mucho más pormenorizado. Prefiero apuntar algunas cosas que son esenciales cuando se trata del desciframiento de nuevos textos de un dominio tan especial. Eran necesarias gramáticas, recopilaciones bibliográficas, publicaciones especializadas y léxicos o diccionarios.

La Gramática no es el dominio más brillante de los estudios micénicos. Sin despreciar, ni mucho menos, el enorme esfuerzo realizado por unos y por otros en la interpretación gramatical y dialectológica del micénico, es este el único dominio en que, a efecto de obras complexivas o generales, estamos donde estábamos en el período que nos ocupa. Se han renovado las ediciones, los estudios, los diccionarios. Pero como Gramática seguimos teniendo sólo una, la que en 1960 publicó Vilborg y que él mismo llamaba «tentativa»²⁴. Es este un *desideratum* especialmente urgente, aunque desde pronto encontráramos una exposición, obra de A. Scherer, del micénico como dialecto²⁵.

En cambio, desde muy pronto hubo una verdadera preocupación en este campo de estudios por suministrarnos instrumentos bibliográficos para manejarnos en el mismo: sin ellos, una obra como el *Diccionario* que voy a comentar y el trabajo personal de cada uno, habrían sido imposibles. Doy algunos datos, dejando de momento los relativos a España, que nos ocuparán más adelante.

Ya en la *Brochure Preliminaire* del Coloquio de París²⁶, Michael Ventris daba una bibliografía micénica de 1953-55. Por la misma fecha aparecía otra en los *Documents* de Ventris-Chadwick. Hay, además, la gran bibliografía de Grumach, que abarca hasta las publicaciones de 1965²⁷.

²² M. Doria, *Avviamento allo Studio del Miceneo*, Roma 1965.

²³ A. Heubeck, *Aus der Welt der frühgriechischen Lineartafeln. Eine kurze Einführung in Grundlagen, Aufgaben und Ergebnisse der Mykenologie*, Gotinga 1966.

²⁴ Ebbe Vilborg, *A tentative Grammar of Mycenaean Greek*, Goteburgo 1960.

²⁵ A. Thumb y H. Scherer, *Handbuch der griechischen Dialekte* II, 2ª ed. de A. Scherer, 1959.

²⁶ París 1956.

²⁷ E. Grumach, *Bibliographie der kretisch-mykenischen Epigraphik*, Munich y Berlín 1963 (hay un suplemento aparecido en 1967).

Pero, sobre todo, era necesaria una bibliografía sistemática año por año. Pues bien, desde ese mismo año de 1956 comenzaron a publicarse regularmente los *Studies in Mycenaean Inscriptions and Dialect*, de Chadwick, Palmer y Ventris (luego Richardson, luego Killen): serie que durante mucho tiempo ha sido nuestra principal guía en el laberinto micénico²⁸. Y desde 1959 aparece en Madison, Wisconsin, la revista bibliográfica *Nestor*, que continúa hasta hoy mismo en Bloomington, Indiana, con otros editores, y que fielmente nos trae, mes tras mes, noticia de todo lo que en este campo se publica. Añado la bibliografía que con el título «Epigrafía jurídica micénica» yo mismo inicié en 1957 en la revista *Studia et Documenta Historiae Iuris*, de Roma, y que luego continuó Aura Jorro²⁹.

Era necesaria la existencia de bibliografías especializadas: las generales de Griego o de Lingüística son útiles, pero insuficientes. Y con esto llegamos a los índices y léxicos, que son mi tema fundamental.

Hay primero varios índices que se refieren todavía a materiales muy incompletos, los de la primera edición de las tablillas de Pilos: son obra de Bennett, Meriggi y Georgiev³⁰. Están luego los índices de las distintas obras fundamentales, como los *Documents* de Ventris-Chadwick o la *Interpretation* de Palmer o el vol. II del *Manual* de dialectos griegos de Thumb-Scherer³¹. O los de los distintos volúmenes de los *Studies* antes citados o la publicación especial de Merlingen³² o la de Landau, referida a los nombres de persona³³.

A partir de aquí, encontramos tres obras que han sido el fundamento de toda la bibliografía micénica hasta el momento de la

²⁸ Se publicaba en Londres, en el Institute of Classical Studies (luego en Cambridge, por la British Association of Mycenaean Studies). Los diez primeros volúmenes fueron republicados, revisados, por Lidia Baumbach en Roma 1968; los del XI al XXIII también en Roma en 1986.

²⁹ Está a punto de aparecer la entrega X (años 1988 y ss.), así como una reedición de la totalidad, obra de Aura Jorro.

³⁰ E.L. Bennett Jr., *A Minoan Linear B Index*, Yale 1953; id. id., *Vocabulary* (en la 2ª ed. de *The Pylos Tablets*); P. Meriggi, *Glossario Miceneo*, Turin 1955; V. Georgiev, *Léxique des inscriptions creto-mycéniennes*, Sofia 1955 (y dos suplementos de 1955 y 1956).

³¹ A. Thumb y H. Scherer, *ob. cit.*

³² W. Merlingen, *Konzept einiger Linear B Indices I-II*, Viena 1959.

³³ O. Landau, *Mykenisch-Griechische Personennamen*, Goteborg, 158.

aparición del *Diccionario Micénico* de Aura Jorro; son, de otra parte, su punto de partida. Son:

1. En 1963 apareció nuestro primer diccionario micénico: el *Mycenaeae Graecitatis Lexicon*, de Anna Morpurgo³⁴. En cierto modo, hace parcialmente doble juego con la obra que mencionaré como número 2, puesto que el Léxico micénico va seguido de un índice de palabras griegas que remite al lugar donde son estudiadas. Es afortunado que poseamos, por así decirlo, esta posibilidad de comprobación.

No voy a describir en detalle el *Lexicon* de Anna Morpurgo, que ha sido el imprescindible instrumento de trabajo para todos nosotros durante tantos años. Sí recordaré el escrúpulo de la autora en la recogida de las palabras en sus diferentes contextos y en la exposición de las diversas hipótesis de interpretación, con citas bibliográficas exactas. De acuerdo con la norma de dar la versión latina de los ideogramas, todo el léxico está redactado en latín. E inaugura la táctica, seguida luego por Aura Jorro, de preferir a las propias opiniones la exposición de las de otros. Y de dejar un *non liquet* allí donde no llegamos a conclusiones claras.

La autora, ciertamente, era bien consciente de que una obra como esta por fuerza había de envejecer rápidamente. Lo dice en la primera página de su prólogo. Y así ha sido: desde entonces tenemos más tablillas y han sido mejor editadas, existen muchas interpretaciones nuevas. La sustitución del libro era inevitable. Pero la mayor parte de él continúa siendo válida y ha suministrado, en lo esencial, el modelo para el trabajo posterior.

2. J. Chadwick y L. Baumbach, «The Mykenaeen Greek Vocabulary», *Glotta* 41, 1963, pp. 125-271 y 49, 1971, pp. 151-190. El primer artículo apareció en la misma fecha del *Lexicon* de Morpurgo, ya lo cita. Pero el planteamiento es diferente.

Dada la dificultad que ofrece la comparación del vocabulario micénico con el griego, y ello ya por los problemas de grafía, ya por las peculiaridad dialectales y lexicales, ya porque las tablillas incluyen, sin duda alguna, muchos elementos no griegos, era necesario el establecimiento de un *corpus*, aunque fuera provisional, de términos griegos, aislados así de todos los elementos no griegos del léxico micénico, aunque no sean fáciles de separar.

³⁴ Roma 1963.

Tanto los estudiosos del griego como los del micénico lo precisaban.

Los dos artículos citados son el primer intento de realizar ese *corpus* sobre la base de las interpretaciones publicadas y del propio juicio de los autores. Por tentativo y sometido a dudas que a veces sea, es fundamental para toda la labor posterior lexicológica y dialectológica. Hay que señalar que bajo cada lema griego se introducen derivados, compuestos (incluso nombres propios), etc., junto con las referencias micénicas, diversas interpretaciones dadas ya como seguras, ya como probables o posibles. En cierto modo, todo esto hace doble juego con lo que puede encontrarse en el *Lexicon*, pero también es un medio de control del mismo y la expresión de un punto de vista a veces diferente.

El segundo artículo, por lo demás, toma en cuenta las modificaciones que se han introducido en los prefijos y números de referencia de muchas tablillas, la mayor precisión de las clasificaciones gracias al estudio de las «manos», etc.; y, por supuesto, la nueva bibliografía (hasta 1970).

3. El índice inverso de Lejeune³⁵ es un complemento inexcusable del *Lexicon* de Morpurgo. Dado que muchas palabras micénicas tienen rota la parte inicial, el índice inverso facilita el trabajo sobre ellas.

4. Finalmente, toda esta serie de publicaciones lexicográficas se cierra con los *Index Généraux du Linéaire B*, de Olivier, Godart, Seydel y Sourvinou, de 1973³⁶. A diferencia del *Lexicon* de Morpurgo son simplemente lo que el título dice, índices. Pero están hechos sobre las nuevas ediciones, más completas y mejores. Y organizan el material en una serie de índices diferentes: el de los grupos de signos que contienen silabogramas no transliterados; una lista alfabética de los grupos de signos de las tablillas de Cnosos; otra de determinativos e ideogramas de estas mismas tablillas; otra de los grupos de signos en los vasos; otra de prefijos; otra de todas las tablillas. Cada día, ya se ve, contábamos con instrumentos de trabajo más perfectos.

³⁵ M. Lejeune, *Index Inverse du grec Mycénien*, Paris 1964.

³⁶ J.-P. Olivier, L. Godart, C. Seydel, C. Sourvinou, *Index Généraux du Linéaire B*, Roma 1973.

Podría, a partir de aquí, seguir esta revisión de los avances de la filología micénica: no sería difícil. Pero he llegado al punto en que se sentía la necesidad de un nuevo Léxico o Diccionario; comenzamos a sentirla en España como, evidentemente, en todas partes. Lo que querría ahora explicar aquí, para responder al título de este trabajo, es cómo en España nos decidimos a poner manos a esta tarea. Fue, evidentemente, en conexión con la redacción del gran Diccionario Griego-Español, cuya redacción yo llevaba a cabo, en unión de un equipo de colaboradores, a partir de 1962. Pero todo ello no puede comprenderse sin echar una mirada al estado de los estudios de Filología Griega en general y de Filología Micénica en particular en la España de aquellos tiempos.

Fue el plan de estudios de Bachillerato de 1938 el que impulsó en España el desarrollo de los estudios de Griego y Latín en la Universidad. Hacían falta profesores y esto estimulaba a las antiguas Secciones de Clásicas de Madrid, Salamanca y Barcelona y estimulaba a la creación de otras que vinieron después, a saber, las de Sevilla, Granada y Santiago.

En realidad, ya en los años treinta se habían sentado algunas bases, con la creación en 1933 por D. Ramón Menéndez Pidal de la Sección de Lenguas Clásicas en el Centro de Estudios Históricos de Madrid y la creación en él de una biblioteca especializada y de la revista *Emerita*. De ese ambiente procedía Antonio Tovar, de quien fuimos alumnos Martín Ruipérez y yo mismo en Salamanca y que tuvo tanta parte en el lanzamiento de los estudios micénicos en España. Del mismo Centro procedían algunos profesores más, de Clásicas o no, que hicieron mucho por la Ciencia española con posterioridad a nuestra guerra civil. Pero vayamos por partes.

En torno al año cincuenta o poco después empezó a fructificar el esfuerzo realizado en Madrid, Salamanca y Barcelona para formar nuevos helenistas. En torno a esa fecha fuimos catedráticos Ruipérez en Salamanca, yo en Madrid. Y había otra escuela en Madrid, se creó pronto otra en Barcelona; luego siguieron las demás, derivadas de las primeras que he mencionado. Y se creó en 1950 la revista *Estudios Clásicos* y en 1954 la Sociedad Española de Estudios Clásicos, que pronto tuvo gran vitalidad. *Emerita*, que había vuelto a publicarse después de la guerra gracias a Antonio Tovar y Alvaro d' Ors y que pasé a dirigir en 1956, era

el centro del trabajo científico. De ese mismo año es el I Congreso Español de Estudios Clásicos, primero de la serie: este mismo año celebraremos el IX. En cuanto a las publicaciones científicas, los dos volúmenes de la *Bibliografía de los Estudios Clásicos en España* publicados en 1956 y 1968, que dirigí, y que recogen todas las publicaciones las españolas de 1939 a 1965, son bien expresivos.

En definitiva, cuando llegó el desciframiento del Micénico, en 1953, había optimismo y progreso en los estudios de Griego en España. Teníamos alumnos numerosos a los que empezamos a enseñar la nueva especialidad, después que nos hubimos impuesto en ella nosotros mismos. En realidad, los que luego han destacado en estudios micénicos y en Lingüística Griega en general fueron alumnos nuestros en una fecha posterior, en los años sesenta: leyeron sus tesis doctorales en torno al año 70 y posteriores, empezaron a publicar por entonces: Melena, por ejemplo, a partir de 1972, los demás algo después. Creo que este es el caso de todos los que están aquí reunidos y que, de una manera o de otra, continúan la escuela de Tovar.

Desde 1953 al final de ese decenio las personas que escribíamos artículos científicos sobre micénico en España eran Antonio Tovar, Martín Ruipérez y yo: Ruipérez desde 1956 (*Minos* 4), tras algunas notas anteriores; yo desde 1956 también (*Emerita* 24), tras algunas notas anteriores, igualmente; Tovar desde 1957 (*Minos* 7), antes se había ocupado del minoico; también Fernández Galiano, que publicó en 1959 sus *Diecisiete Tablillas Micénicas*. Pero en este contexto hay que decir algo de la revista *Minos*.

Esta revista fue un golpe de suerte para los estudios de micénico en España en general; sin ella es difícil que el grupo nuestro se hubiera embarcado en la peligrosa aventura del micénico. Y digo que fue un golpe de suerte porque cuando Antonio Tovar la fundó en 1951 en unión de Emilio Peruzzi, no había llegado todavía el desciframiento. Pienso que fue Peruzzi, que se había ocupado del minoico y de diversas lenguas de Italia, el que convenció a Tovar, al que le interesaban las lenguas antiguas en general: trabajaba, ya se sabe, en las prerromanas de España.

El hecho es que cuando llegó ese desciframiento la existencia de *Minos* fue providencial. De una parte, nos llevó a nosotros a ocuparnos de ese tema y a fundar en España escuelas sobre el

mismo; de otra, suministró a la nueva Ciencia una revista central, diríamos.

Pues, aunque la Micenología pudo contar con *Kadmos*, con los *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici*, con las *Actas* de los coloquios, con la serie de las Edizioni dell' Ateneo y, por supuesto, con las revistas generales de Filología Griega (en España con *Emerita*), el que existiera una revista especializada desde el principio fue importante. Llevada primero por Tovar, luego por Ruipérez (que escribía, además, una crónica bibliográfica), después por Melena ha jugado siempre un papel importante y siempre ha sabido salir de baches de irregularidad en la publicación. Así lo hice constar en el Congreso de Roma de 1967, en un momento de crisis de la revista.

Por supuesto, no voy a exponer aquí lo que haya sido la actividad científica de cada uno de los micenólogos españoles. Quizá, hasta llegar a Melena, ninguno lo hayamos sido *full time*, yo menos que ninguno, pero pienso que hemos sido un grupo apreciable, en estrecho contacto con la actividad científica internacional. Y en un cierto momento había en las Universidades españolas un grupo de estudiantes con los que se podía contar lo mismo para el trabajo en Lingüística Griega en general que para el trabajo en Micenología.

Este es el contexto en que hay que poner la «Epigrafía jurídica Micénica», reseña bibliográfica publicada en Italia a la que he aludido y que yo redactaba desde 1957, luego me siguió Aura Jorro. Y, sobre todo, la elaboración del *Diccionario Micénico* del propio Aura Jorro. Como he dicho más arriba, desde 1962 venía yo trabajando en la redacción de un amplio *Diccionario Griego-Español*. La verdad que al comienzo con medios muy modestos y con idea no demasiado clara de lo que pretendíamos: cambiamos más de una vez de plan. Pero es claro que había una laguna enorme en la Lexicografía griega: la edición que todos manejábamos del *Greek-English Lexicon* de Liddell-Scott-Jones se había terminado en 1940 y, con sus grandes méritos, tenía grandes lagunas (que no remedió un *Supplement* de 1968 ni remediará otro que se anuncia).

Una buena parte del léxico griego estaba muy mal explorada, las ediciones seguidas estaban en buena parte anticuadas, la organización de los artículos me parecía deficiente, vista a la luz de los estudios de semántica que yo había cultivado. Poco a poco

desistimos de limitarnos a introducir algunas correcciones en *LSJ* y planeamos hacer una obra enteramente nueva. Durante años y años estuvimos recogiendo materiales: hasta 1980 no apareció el primer volumen, que se había demorado años y años en la imprenta. Pero ya en 1971, en que publiqué un primer informe sobre el *Diccionario en Emerita*³⁷, teníamos una idea clara de lo que queríamos. Al decir «teníamos» aludo a mis colaboradores, que habían ido formándose en la dura tarea.

Intentábamos, un poco utópicamente, hacer desde España, desde este rincón del mundo europeo, un Diccionario del Griego antiguo que fuera más extenso, más completo y más a la altura de la Ciencia que todos los existentes. No entro en más detalles, que pueden verse en dicho informe, en otros posteriores y, sobre todo, en los cuatro volúmenes que hasta el momento llevamos publicados. La verdad es que hoy la empresa avanza con cierta normalidad y ritmo y pienso que representa, efectivamente, un avance: no sé hasta qué punto, eso lo dirán los demás. Pero si hubiera sabido, cuando acepté embarcarme en esa tarea, los problemas y trabajos que me esperaban, quizás habría desistido.

En fin, si toco aquí este tema es por lo siguiente: así como nuestro *Diccionario* no debía descuidar, pensábamos, el griego cristiano, los topónimos y nombres propios, los nuevos textos, inscripciones y papiros, etc., tampoco debía descuidar el micénico. Pero, ¿cómo proceder?

Desde luego, intercalar las palabras micénicas, en transliteración, entre las griegas era inconcebible: colocábamos automáticamente las palabras griegas del micénico fuera de su lugar alfabético, las más veces. E introducíamos en un diccionario griego palabras que muchas veces no eran griego y a veces no sabíamos si lo eran o no. Por supuesto, transcribir el micénico al griego y alfabeticarlo así, era un imposible, fuente de toda clase de arbitrariedades.

Puestas así las cosas la solución no podía ser otra que la de redactar dos diccionarios, el de griego «normal» y el micénico; y enlazarlos entre sí mediante un sistema de referencias cruzadas. Aunque con frecuencia las referencias fueran conjeturales, es decir, que la equivalencia griega tuviera según los casos más o me-

³⁷ «El diccionario griego-español: estado actual de los trabajos», *Emerita* 39, 1971, pp.1-32.

nos verosimilitud, lo que habría que notar mediante signos especiales.

Creo que no es inoportuno dar aquí una idea de cómo han sido redactadas en el *Diccionario Griego-Español (DGE)* las referencias al *Diccionario Micénico (DMic.)*, del cual disponíamos, naturalmente, antes de su impresión. Esas referencias son meramente factuales, meros «confer», no pueden compararse con los artículos redactados por Chadwick-Baumbach: el material de éstos puede encontrarse, multiplicado, en el *DMic.*

Por supuesto, cuando la correspondencia de un término griego a uno micénico es comúnmente admitida, nos limitamos, al final de nuestro artículo, a indicarla. Por ejemplo, en palabras como ἀγγέλλω (mic. *a-ke-ra₂-te*), ἄγγελος (mic. *a-ke-ro*), ἀγορά (mic. *a-ko-ra*), ἄλλος (mic. *a₃-wo-ro*), Ἀιγύπτιος (mic. *a-ku-pi-ti-jo*), ἀλχμή (mic. *a₃-ka-sa-ma*), Ἀλεκτρυών (mic. *a-re-ke-tu-ru-wo*), Ἀμνισός (mic. *a-mi-ni-so, -so-de*), ἀνάμπυξ (mic. *a-na-pu-ke*), ἀνάρμοστος (mic. *a-na-mo-to*), βασίλεια (mic. *qa-si-re-wi-ja*), βασιλεύς (mic. *qa-si-se-u*), βούς (mic. *qo-o, qo-we*), γερουσία (mic. *ke-ro-si-ja*), γυναῖος (mic. *ku-na-ja*). Ahora bien, todo esto va al final de los artículos, sin entrar en la organización de acepciones y la semántica: el sentido especial que pueda tener, por ejemplo, la *a-ko-ra* micénica, no es mencionado. Para eso hay que recurrir al *DMic.*

El problema de si habrían de introducirse en el *DGE* lemas nuevos, sólo atestiguados en micénico, se contesta diciendo que esas posibles entradas son a veces altamente hipotéticas. Aun así hemos introducido, por ejemplo, ἀλειφοζόςος, ἀλοιφόςος, ἀμπυκοφοργόςος que son las probables correspondencias de mic. *a-re-pa-zo-o, a-ro-po, a-pu-ko-wo-ko*. Incluso introducimos un nombre propio Ἀρμωκλέφης, probable transcripción de *a-mo-ke-ref*. No renunciamos, pues, en casos especialmente claros. Pero no introducimos, por ejemplo, un ἄγορος porque el término micénico *a-ko-ro* es interpretado variamente: ya así, ya como ἄγρός. Ni un ἄγερος por *a-ke-ro* (quizá 'collector').

Cuando la correspondencia es solamente verosímil, por existir propuestas varias o problemas fonéticos, la introducimos con una interrogación final (?); en este caso, el micénico no nos sirve de apoyo para introducir lemas nuevos.

Damos, pues, correspondencias micénicas con interrogación en lemas como ἄγος (mic. *a-ke-e* (?)), ἀκέστρια (mic. *a-ke-ti*

ri-ja (?), donde el *DMic.* indica «lo más probable ἀκήστρια», que no entra en el *DGE*), Ἀχίλλειον (mic. *a-ke-re-wa*, pero hay otras posibilidades), γέρων (mic. *ke-ro-te*, *ke-ro-ta* (?), pues «parece dudosa al menos en PY Jn 881 una referencia a la edad»).

Las correspondencias solamente posibles se indican con (?), pero más frecuentemente no se dan: habrán de buscarse en el *DMic.* y en la lista de términos griegos de éste, cuando se publique. No se dan, por ejemplo, en Ἀἴγιλα (*a₂-ki-ra* «no parece posible»), en αἴξι (sin duda en mic. *a₃-ki-pa-ta*, pero es intrascrrible con certeza al griego), Ἀἴπυ (la correspondencia con *apue-de* es «fonéticamente rechazable»), ἄκος (la correspondencia *a-ke-a₂* es dudosa). Ni damos las correspondencias cuando sólo aparecen en derivados o compuestos (en *a₃-ki-pa-ta*, en *a-pi-qo-to* de βαίνω). El que quiera ver todas las palabras griegas que han sido propuestas para interpretar otras micénicas, tendrá que esperar al índice de palabras griegas que prepara Aura Jorro.

Pero con esto he adelantado cosas, dando el *DMic.* como ya realizado. Y en realidad lo estaba, en las partes correspondientes, cuando redactábamos el *DGE*. Pero tenemos que hablar, ahora, directamente de él.

Esta tarea del *Diccionario Micénico* es aquella en que, con un tanto de inconsciencia por parte de los dos, embarqué a mi discípulo Aura Jorro, a la hora de darle un tema para su tesis doctoral. Tesis de la que algunas veces estuvimos a punto de desistir, reduciéndola a unas medidas más abarcables. Pero seguimos adelante, año tras año. Comenzada en torno a 1970, creo, no fue leída hasta 1981: continuamente eran necesarias revisiones, por causa de las nuevas ediciones o la nueva bibliografía. Se sumaban los problemas con la imprenta: sucedió así que el primer volumen apareció en 1985, el segundo en 1993.

El *Diccionario Micénico* es, así, una obra que arranca de las necesidades que se sentían después de las de Morpurgo y de Chadwick-Baumbach, cuyo límite estaba en 1963 y 1970, respectivamente, y que llegó en el momento en que podía atender a nuestras necesidades de hoy en día. Y todavía quedan cosas por completar, como los índices directo e inverso y el de palabras griegas, así como los de ideogramas y demás.

Pero, en fin, la idea que maduraba en mi mente en los años sesenta, sobre la que trabajó Aura Jorro en los setenta y luego, lu-

chando con la nueva bibliografía, los nuevos hallazgos y ediciones y con la imprenta, en los ochenta, está en lo fundamental ahí, aunque el volumen primero haya quedado inevitablemente superado y necesite una reedición con revisión escrupulosa; e incluso el segundo necesite, ya, una puesta al día. Y así resulta la situación paradójica de que el *Diccionario Griego-Español* llega en este momento a δαλμῶν (espero que pronto al final de la delta) y el *Diccionario Micénico*, su Suplemento, aunque sea con las pequeñas lagunas que comento, esté completo ya en este momento.

¿Qué decir sobre este Diccionario? Puedo hablar sobre él con cierta libertad, puesto que, aunque la idea y ciertas líneas generales vengan de mí, el autor de la obra es Francisco Aura. Hay en ella una continuidad, pues así se planteó desde el principio, con el *Lexicon* de Anna Morpurgo y con el resto de la bibliografía sobre temas lexicales. Pero también hay diferencias: la inclusión de los *frustula* en el orden alfabético, la lematización estricta, el cuidadoso tratamiento de homófonos y homógrafos, las transcripciones al griego, sistemáticamente, mediante lo esperable en el primer milenio.

Sobre todo: la bibliografía es totalizadora, aplastante. Sin imponer el criterio propio, el autor se esfuerza en señalar lo que es probable, lo que es rechazable, dando independientemente, en notas, la bibliografía de las distintas hipótesis. Bibliografía comentada, puesto que el autor señala argumentos y críticas, suyas o de otros. Y se resigna a señalar como de otros hipótesis que a él se le habían ocurrido, pero que por las demoras de la imprenta fueron publicadas antes por esos otros. La obra es, así, tan completa como legible.

Naturalmente, al pasarse del vol. I al II, encontramos que se usa en este último la nueva bibliografía: notablemente, la edición V de la tablillas de Gnosos, de Killen y Olivier³⁸ y la nueva edición de las tablillas de Tirinto, Tebas y Micenas de Melena-Olivier³⁹, así como numerosos *raccords* de última hora y nuevas interpretaciones.

³⁸ J. T. Killen - J.-P. Olivier, *The Knossos Tablets. Fifth Edition* (también J. Chadwick-L. Godart-J.T. Killen-J.-P. Olivier-A. Sacconi-I.A. Sakellarakis, *Corpus of Mycenaean Inscriptions from Knossos*, Volume I (1-1063), Cambridge-Roma 1986). El II se publicó en 1990.

³⁹ J.L. Melena - J.-P. Olivier, *TITHEMY, The Tablets and Nodules in Linear B from Tiryns, Thebes and Mycenae*, Salamanca 1991.

Todos los autores somos vanidosos y en repertorios, bibliografías y diccionarios siempre buscamos cómo se han reflejado nuestras propuestas. Al aparecer el volumen II, yo fui a ver lo que Aura decía de *te-re-ta* (término del que me he ocupado repetidamente, la última vez en el Congreso de Roma de 1991, cuyas *Actas* vienen sometiéndonos desde entonces al suplicio de Tántalo). Aseguro que para nada intervine en la redacción. Me complació la afirmación de que «quizá se trate de un funcionario de carácter cívico-religioso poseedor de *ko-to-na ki-ti-me-na*». Noten el «quizá»: las afirmaciones de Aura son siempre de este género.

Y, aunque rechaza, igual que yo, la concepción feudal de los *te-re-ta* («mejor que considerar a los así nombrados como los grandes propietarios de tierras no cultivadas o no distribuidas, o, al contrario, simples obreros», dice) da la bibliografía completa de los trabajos que han sostenido estas otras interpretaciones. Así, el Diccionario, cualesquiera que sean las opiniones del autor, expresadas siempre muy prudentemente, presenta objetivamente todas las opiniones y toda la bibliografía que las sostiene.

Creo que en una Ciencia tan problemática como la Micenología, esta es la posición correcta. Aunque difiera del método seguido en el *DGE*, que se apoya en una tradición diferente.

En fin, hoy todos los micenólogos están de acuerdo en que disponemos de un útil de trabajo que nos era necesario. Por más que queden todavía pendientes una nueva edición del vol. I y trabajos complementarios que arriba he citado.

Por supuesto, la Micenología es una Ciencia siempre *in fieri*. Como todas, pero quizá más que muchas otras por las condiciones de nuestros materiales: meras anotaciones cuyo contexto cultural hemos de deducir de ellas y viceversa. A veces sentimos una sensación como de agotamiento. El trabajo en epigrafía y edición ha sido modélico y continúa siéndolo, ciertamente. Pero el trabajo interpretativo se ralentiza, basta ver la escasa proporción de los estudios de este tipo dentro de la bibliografía de *Nestor*, arqueológica casi toda. Y yo no sé si mis colegas tendrán la misma sensación que a veces tengo yo: la de una cierta frustración al ver que las propuestas que he hecho en varios terrenos siguen ahí, sin verdadero estudio ni crítica, al lado de otras nuevas que se apelotonan junto a ellas sin que se llegue a decisiones ni a opiniones mayoritarias.

No sé si esto justifica de modo suficiente el que personas que, como yo, comenzamos con el mayor entusiasmo estos estudios, que insistimos una y otra vez en temas concretos (en mi caso, en el del dialecto y los de las instituciones religiosas, políticas y de reparto de tierras), hayamos ido progresivamente poniendo la Micenología en segundo término dentro de nuestro trabajo científico, con un poco de desilusión. Claro que este no es el caso de todos y mucho menos el de los micenólogos *full time* a que arriba me referí.

Personalmente, a veces pienso que lo más importante de mi labor en este campo es el haber dado la idea y hecho posible que este gran *Diccionario Micénico* de Aura Jorro haya culminado.

Pero, prescindiendo de esa indefinición, ese perpetuo dar vueltas a los mismos temas que a veces nos agobia, el estudio del micénico y, concretamente, de su léxico, para el que ahora tenemos mayores facilidades, nos golpea de cuando en cuando con ese sabor de novedad y de sorpresa que nos hirió cuando el desciframiento y en las primeras fases de su investigación. En mi labor, que es reducida, recuerdo el gozo cuando, por ejemplo, junto a mic. *di-pi-si-jo* encontré el nombre del mes Δίψιος en Fársalo⁴⁰ o junto a los *te-re-ta wa-na-ka-te-ro* encontré los ἄνακτοτελεσταί de ciertos cultos místéricos citados por Clemente de Alejandría⁴¹.

Pero, sin citar cosas mías, paralelas a otras de las que los demás tienen experiencia, basta abrir el *DGE* para admirarse del nuevo léxico griego sólo testimoniado en micénico, o del que en griego alfabético aparece, sí, pero sólo en fecha tardía (ἀνάμπυξ sólo desde Calímaco). Por no hablar del que aparece en ambos sectores, pero con sentidos con frecuencia divergentes o problemáticos (*wa-na-ka* / ἀνάξ, *da-mo* / δᾶμος, *e-ge-ta* / ἱππότης, *ra-wa-ke-ta* / λαγέτας, *te-re-ta* / τελεστής y mil otros términos).

Un diccionario no puede ser otra cosa que una fuente de información y una ayuda para proseguir tareas comenzadas mucho antes de su existencia. Esto es evidente para la gramática y, dentro de ella, para campos como el de la formación de palabras y la

⁴⁰ Cf. «*Di-pi-si-jo-i* y el mes Dipsio de Fársalo», *Minos* 9, 1968, pp. 187-191.

⁴¹ Cf. «*te-re-ta wa-na-ka-te-ro* y los ἀνακτοτελεσταί de Pilos», *Minos* 10, 1969, pp. 138-150.

composición, todo esto lo mismo para el léxico general que para topónimos, antropónimos y teónimos. Pero querría subrayar la importancia de las tareas que, aparte de éstas, quedan en el campo del léxico.

Unas se refieren a la interpretación: es grandísimo el número de nuevas propuestas que siguen haciéndose. Incluso en un terreno tan difícil como el de los nombres propios siguen apareciendo casi todos los días interpretaciones sugestivas, quiero aludir a muchas presentadas últimamente por García-Ramón⁴². Y aludir también a índices y estudios sobre topónimos, me refiero, entre otros, a trabajos de Sainer, Milani, Lang y McArthur⁴³. El terreno no está agotado: solamente, muchas veces queda por ver si se llega a un consenso.

Por otra parte, es claro que estudios sobre dominios concretos de la administración micénica (los de Melena sobre textiles⁴⁴, los míos sobre repartos de tierras sobre todo en Pilos⁴⁵ o tantos otros sobre carros y ruedas, impuestos, serie *o-ka*, broncistas, cultos, etc. etc.) suministran importantes aportaciones lexicales. Pero aquí querría referirme a otro tipo de estudios: a aquellos que se refieren con carácter general a las características del léxico micénico.

Por ejemplo, leídos en el Congreso de Roma de 1991 y pendientes de publicación en las *Actas* hay trabajos de este tipo que conocemos por los *Riassunti delle comunicazioni* que se nos entregaron. Así el de Aura Jorro «Cambios léxicos en micénico», que presenta un programa de comparación sistemática del léxico micénico y el griego alfabético; algo que en el mismo volumen intenta realizar para un sector particular Alberto Bernabé con su «Estructura del léxico micénico sobre el carro y sus partes».

⁴² Cf. por ejemplo últimamente en *Minos* 25-26, 1990-91, pp. 331-41 y *Mykenaiká*, Atenas 1992 (ed. J.P. Olivier), pp. 239-255.

⁴³ A.P. Sainer, «An Index of the Place Names at Pylos», *SMEA* 17, 1976, pp. 17-68; C. Milani, «I toponimi micenei e il catalogo delle navi», *Rend. Acc. Inst. Lomb.* 121, 1987, pp. 151-188; M. Lang, «Pylian Place Names», en *Studies...Bennett*, Salamanca 1989, pp. 185-212; J.K. McArthur, *Place Names in the Knossos Tablets. Identification and location*, Salamanca 1993 (*Minos* Supl. 9). Más arriba cité la obra pionera de O. Landau.

⁴⁴ J.L. Melena, *Studies on some Mycenaean Inscriptions from Knossos dealing with Textiles*, Salamanca 1975 (*Minos* Supl. 5) y publicaciones posteriores.

⁴⁵ Culminarán en el trabajo «Notas de entrega, no catastro», en prensa en las *Actas* del Congreso de Roma 1991.

También hay allí un intento de Bartoněk para clasificar el léxico micénico según categorías gramaticales y tipos semánticos; tema al que ha dedicado también un trabajo en *Mykenaiká*⁴⁶.

Pero quiero referirme también a otro campo de estudios, aquel que se refiere a las características semánticas de ciertos campos léxicos: el de los nombres de fuerza estudiados por Melena, el de los nombres de oficios estudiado por Petruševski, el de los nombres de títulos y funciones, estudiado por Hooker. Son sólo ejemplos a considerar⁴⁷.

En fin, no quiero extenderme más, pero sí querría decir, y con esto concluyo, que el estudio del léxico micénico tiene por delante, todavía, tareas sugestivas. De un lado, la de seguir investigando, palabra a palabra, el sustrato cultural y tecnológico a que se refiere y que de él y, a veces, de la arqueología y la historia, tenemos que deducir. De otro, el problema de las relaciones de todo tipo con el léxico griego posterior: el homérico, el dialectal y todo él en general. Y, de un tercero, la investigación interna del propio léxico micénico en su organización en clases de palabras y en campos semánticos. Lo que, a su vez, puede ofrecer avances para el mejor conocimiento de la cultura micénica.

En todo esto se ha trabajado, pero queda mucho por hacer. Sin duda un Diccionario como este, que nos ayuda a movernos dentro de la compleja bibliografía del Micénico, es una ayuda. Brota a su vez de todo ese trabajo previo. Esta doble relación es la que intentaba poner aquí de relieve.

FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS

⁴⁶ A. Bartoněk, «The lexical Stock of Mykenaeen Greek», *Mykenaiká* (ed. J.P. Olivier), Atenas 1992, pp.19-56.

⁴⁷ Cf. J.L. Melena, «El testimonio del micénico a propósito de los nombres de las diversas fuerzas en Homero», *Emerita* 44, 1976, pp. 421-436; M.D. Petruševski, «Vocabulaire technique grec des divers métiers à l'époque mycénienne», *Actes... "Eirene"*, Brno 1976, pp.709-715; J.T. Hooker, «Titles and functions in the Pylian State», *Minois* 20-22, 1987, pp. 257-268.